



### SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER**  
Sección vermouth.
- FIACRO YRÁYZOZ**  
Negocio redondo
- FÉLIX RECIO**  
El pícaro llavín
- ENRIQUE MALBOYSSON**  
La última conquista de don Félix
- EUSEBIO LÁMBARRI**  
El Sacrificio.
- M. MARTÍN CARRASCAL**  
Alborada.
- FERNANDO AMADO**  
La ingenuidad de Paquita.
- AGUSTIN PAJARÓN**  
La mujer galante.
- TOVAR  
Y DEMETRIO**  
Varios dibujos y retrato de  
Marina Sansano.



**MARINA SANSANO**

Gentil «columna» de la pareja Mari-Marina  
Biblioteca Regional de Madrid

**5 cénts.**



Es el caso que yo llevaba una enormidad de días mustio y alicaído como un ciervista cualquiera, sin que acertara á explicarme la causa de aquella murria. Ni las pantorrillas bien instrumenta-



El marido.—¡Que te vengas en cuanto veas á tu primol

Ella.—Hombre, no me vendré en cuanto le vea, tardaré un ratito.

das, al cruzar de acera á acera en día de lluvia, llamaban mi antes siempre despierta atención en esa tan interesante materia. De vez en cuando sentía un escalofrío, que estremecía mi cuerpo y al que no le daba otro origen que la sensación que me había

producido el pasar junto á mí alguna señora de las que le ponen á uno la carne de gallina de puro apetitosas que son.

Pero una tarde sentí el escalofrío cuando pasó casi rozándome un capellán castrense, y eso me hizo caer en la cuenta de que el estremecimiento tenía una causa distinta á la que le había atribuido, porque el capellán, no entraba dentro de mi tipo, en buena hora lo diga, y entonces comencé á preocuparme.

A seguida me entraron unas ideas muy raras. «¡Qué interesantes son los dramas de Marquina! ¡Con qué gusto formaría parte de esa Liga de la Clase media! ¡Quién hubiese sido mozo antes de la Revolución de Septiembre para haber visto debutar á la Fornarina!... Total, que con éstas y otras extravagancias análogas, acabé por vencerme de que estaba enfermo y me marché más que de prisa al lecho, diciéndome para mis adentros: «¿Qué lecho yo á mi cuerpecito serrano para que se me quite esto?»

El termómetro me sacó de dudas: 40 grados y décimas; muchos más grados que el general Weyler.

Del frío pasó al calor. ¡Qué caliente, pero qué caliente estaba! Comencé á ver á Zancadita sin nada (que es como se ha quedado); á la Chelito vestida; á la Goya, en el último mes de su... vida artística; á Barroso de Adén antes de lo de la manzana; á la Ninón, con el ninón de libertad; á la Lulú dando unas gaoneras de frente por detrás... ¡Veintitantas visiones!

Llegó el doctor y me dijo: —«Está usted con la Grippe».

—No señor; estoy completamente solo; pero si es conveniente y ella se presta, la mandaré un recado. ¿Es dansseuse ó dis-seuse?

—Digo que tiene usted influenza.

—¡Pch... regular! Alba me sonríe afablemente; Ruiz Jiménez me escribe «mi querido amigo» y tuteo á Vicente Buendía y á Pepito Lamona...

—Usted delira..

INFRAGANTI



El marido.—¡Infames, no os doy dos tiros por no asustar al gato.

—De peseta, nada más, mi buen doctor, y eso que estamos á primero de mes...

Como no lográbamos ponernos de acuerdo se marchó después de disponer que me diese: quinina, morfina, aspirina, cafeína y demás terminados en ina.

—Que sude mucho —exclamó que eso le salvará.

Yo soy un hombre completamente impermeable y eso de sudar es para mí más difícil que entender un discurso de López Muñoz, pero como era preciso para mi salud, empecé á pensar en el casero, en el impuesto del inquilinato, en mi sastre... ¡y nada! Cambié de cilindro y pensé en el desierto de Sahara, en el Sudán, en las repúblicas Suda-americanas y... ni traspasar siquiera.

Caí en un sopor insoportable. Y cuando volví al mundo de los vivos... me dieron la noticia de que habían nombrado á Chapaprieta, director de Adminis-

tración local y estuve por volver á amodorrarme.

Mas Dios Chapaprieta, pero no ahoga, y á la hora de ahora como dice D. Niceto Alcalá Zamora, que es en la oratoria lo que Belmonte en la tauromaquia, absolutamente fenómeno, á la hora de ahora, repito, estoy libre de fiebre, y convaleciente gracias á la quinina, la aspirina, la morfina y la cafeína, y entregando por completo á la reconstitución por medio de la kola.

Un perrillo que forma parte de mi familia y yo nos pasamos el día haciendo exactamente el mismo ejercicio: los dos nos dedicamos á mover la kola.

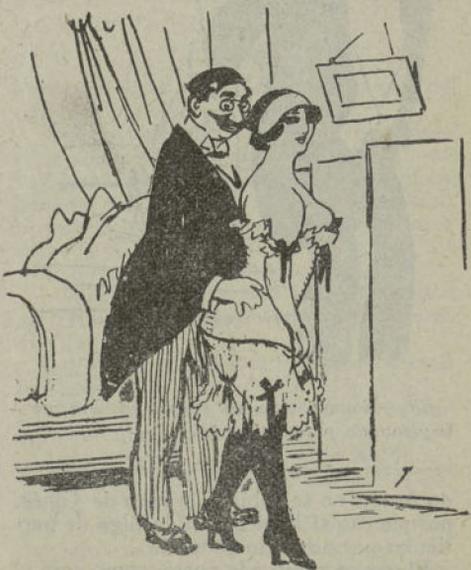
Y eso que lo hago con cierto método, porque ese ejercicio del movimiento de la kola suele debilitar mucho, y yo lo que necesito son reconstituyentes.

De todo lo cual resulta que no *semos naide*, que diría un senador vitalicio.

Yo me creia un escritor, y en realidad no hay ninguna diferencia entre un servidor de ustedes y un sofá desvencijado.

Porque ambos para que volvamos á servir es necesario que nos estén *enkolando*.

Un pequeño reporter.

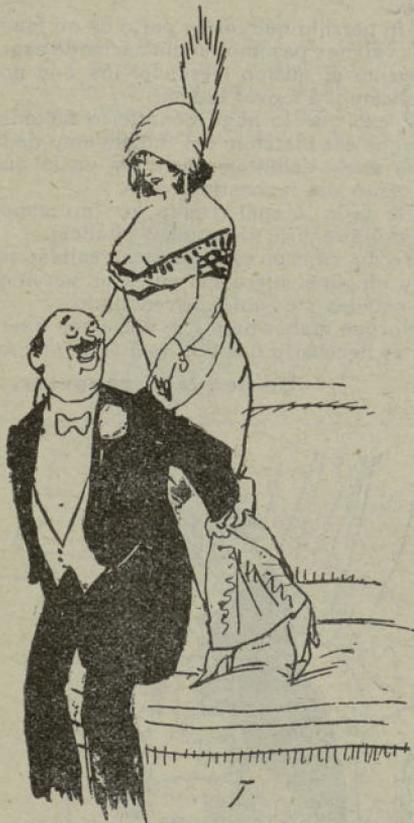


El señorito.—Ya lo sabes, desde hoy puedes usar todas las ropas de mi difunta esposa, y has dejado de ser doncella.

Ella.—¡Ya, ya me he dado cuenta!

**¡Negocio redondo!** Así como Porra tenía una perra y Guerra tenía una parra, Ginés tenía una vaca y Antón tenía una mula, cosa que no tiene nada de particular. Pero así como la perra de Porra se subió á la parra de Guerra, la mula

## DOS CAPRICHOSOS



*Ella.*—No; así no quiero, si quieres llevarme a la gigantilla, ponte de frente.

de Antón no se subió á la vaca de Ginés, porque eso sí hubiera tenido algo de particular por no ser lo general.

El que se subió á la parra, como verá el curioso lector, fué otro personaje que saldrá pronto á relucir en esta verídica historia.

Como en este pícaro mundo ninguno está contento con su suerte y nadie tiene

todo lo que desea ó todo lo que necesita, Ginés, que tenía una vaca, necesitaba una mula y Antón, que tenía una mula, necesitaba una vaca. La solución del conflicto se ve claramente, y es que Antón le diera su mula á Ginés y Ginés le diera su vaca á Antón, pero para ello había una dificultad.

Antón creía que su mula valía más que la vaca de Ginés y Ginés creía que su vaca valía más que la mula de Antón y, es claro, en habiendo desigualdad de valor el cambio no era legal.

Para consultar el caso decidieron llamar al Sr. Natalio, escribano del pueblo y hombre astuto y sagaz como pocos, quien enterado del asunto les dijo:

—Ya sabéis que como escribano rural tengo mucha costumbre de tratar con animales (sin despreciar lo presente), por lo tanto, si yo veo que la mula de Antón vale aproximadamente lo que la vaca de Ginés, el cambio es lícito y el contrato legal y no habiendo perjuicio para ninguno de los dos, haremos el documento con arreglo á la ley.

## CANDOR



¿Por qué me diría mi primo entre serio y bromista «chiquilla voy á hacer contigo lo que no he hecho con ninguna»? Porque yo no me he metido con él para nada.

Y así fué. El Sr. Natalio reconoció las ubres de la vaca sobándolas á conciencia, la ordeñó, montó la mula repetidas veces y cuando se convenció de que la vaca de Ginés valía tanto como la mula de Antón, se hizo el cambio con toda clase de formalidades incluso la comida que, según es costumbre en los pueblos, pagaron á medias los contratantes.

A los postres de la cuchipanda, y cuando el vino había empezado á hacer de las

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Alivio de luto.—Es imprescindible llevar una media negra y la otra blanca, porque hay que cumplir con los deberes sociales cubriendo las formas.



*La señorita.*—Hoy me ha vuelto á reprender mi marido, por la velocidad con que me gusta ir, desde hoy no te mandaré meter la cuarta hasta que lleguemos á Las Rozas.

suyas, al bueno de Antón se le ocurrió una idea peregrina.

—Oiga usted, Sr. Natalio:—dijo después de un monumental eructo.—Y lo que hemos hecho con las bestias ¿no podíamos hacerlo con nuestras mujeres? Lo digo porque á mí me convendría una mujer como la de Ginés.

A lo que contestó Ginés:

—Pues mira, á mí me convendría una mujer como la tuya, Antón. De manera que si quieres...

—¡Porque tu mujer es tan frescota y tan resalada!...

—¡Pues y la tuya que tiene unas caderas y un volumen por delante!...

—¿Hacemos el cambio?—dijo Antón.

—Que lo diga el Sr. Natalio—replicó Ginés.

Y el escribano, á quien le gustaba extraordinariamente las caderas y el volumen de la mujer de Antón y lo frescota y resalada de la mujer de Ginés, les dijo con la solemnidad que emplea la gente de curia:

## LAS TARDES DE LA MONCLOA



Ella (llorando).—¿Y que hago ahora Dios mío?  
El.—Ahora levantarte, es lo más lógico.

—Se puede hacer el cambio de las mujeres siempre que sea con las mismas formalidades que se han empleado con la mula y con la vaca; es decir, que yo las examinaré detenidamente y por separado, y si veo que el valor de cada una es aproximadamente el mismo, podéis hacer el cambio sin cuidado.

Encantados de la proposición, aquellos candorosos alcornoques enviaron á sus mujeres al reconocimiento, al que ellas se prestaron de buen grado. Dicen que el escribano cumplió su cometido con el mismo detenimiento y procedimiento empleado con la vaca de Ginés y con la mula de Antón; que llenó los requisitos que eran del caso, con la diferencia de que ahora no pudo hacerse el cambio, porque á cada uno de los maridos les dijo, por separado también, que su mujer valía mucho más que la del otro... y, es claro, en habiendo diferencia de valor el contrato era ilegal.

Además, les mandó la cuenta de sus honorarios, de modo que...

¡Negocio redondo!

**Fiacro Yráyoz.**

**El picaro** Hablaban las cuatro muy íntimamente. Nada de testigos importunos; podían hacerse toda clase de confianzas mientras fumaban cigarrillos turcos y saboreaban el rico moka. Marta las había reunido para consultarlas.

◆ **llavín**

—Os juro que no le he engañado. Ha sido una cosa ajena á mi voluntad y contra la cual no había medio de prevenirse. Figuraos que fui á verle á su casa, según costumbre, y á la hora... en que yo sé que no le molesto. Llamo á la puerta del cuarto: no me contestan; vuelvo á llamar, y ante un silencio tan obstinado me acuerdo de que que llevo en mi bolsillo el llavín que él me dió... Lo introduzco en la cerradura, ésta obedece, la puerta se abre y avanzo

## LOS BAILES FAMILIARES



El pollito.—¡Pero doña Rosita si yo no sé bailar!  
Ella.—¿Pues no tenías una novia que te enseñó el tueste?

El.—No me lo pudo enseñar bien porque siempre usaba faldas muy ceñidas.

## CADA LOCO CON SU TEMA!



—Hay que reconocer que las mujeres son muy bonitas por arriba...

por el pasillo llamando á media voz: «¡Luisito!... ¡Luis!... ¡Soy yo!...» El mismo silencio me responde. Esto me hace pensar que el muy pícaro duerme como un gusano de seda, y sigo andando mientras acaricio la idea de sorprenderle y de despertarle con un beso. ¿No os asustaréis porque el relato sea un poco naturalista?

—Nada de eso; lo más que podemos hacer es enviarte. Sigue.

—Pues bien: sigo, y sigo, y atravieso las habitaciones, todas á media luz, hasta llegar á su alcoba. Para que la sorpresa que yo pensé fuese de gran espectáculo, se me ocurrió...

—¿Qué?

—¡Consumarla con todas las de la ley! Y ahora entra lo grave del sucedido. Ya sabéis que Luis es barbilampiño. Pues bien: en «aquel momento» tenía unas barbas como las de Krüger.

—¡Qué barba... ridad!

—Me encontré aprisionada, sin valer para gritar... y tuve que callarme. ¿Le he engañado con esto?

—¡Quiá, hija!—exclamaron las tres unánimemente. Y añadió la más rubia:—La intención es la que determina la responsabilidad en los actos de la vida.

—Y en algún que otro entreacto.

—¡No sabéis qué tranquilidad y qué consuelo tan grandes me proporcionan vuestras palabras. ¿Verdad que no le he engañado?

—Nada de eso; sigue.

—Bueno, pues, después de notar el error lo natural en otra hubiera sido echar á correr.

—¡Valiente tontería! Con ello hubieras puesto en alarma á las gentes y el remedio hubiera sido peor que la enfermedad.

—¡Oh, gracias! ¡Cómo me satisface oiros!... Ya adivinaréis que todo consistió en que me había equivocado de piso y que el



—¡Pero miren ustedes que por abajol...

TOILETTES PARA EL PRÓXIMO VERANO



Modelo de traje que facilita tanto los movimientos, que no hay que quitárselo para nada.

llavín ajustaba igualmente á la cerradura del entresuelo que á la del principal.

—¡Es gracioso!—exclamaron las amigas riendo.

—Pero en eso no hay pecado, ¿verdad?

—¡Qué ha de haberlo! Fué una equivocación...

—Bueno; lo que yo no he debido hacer es... seguir equivocándome quince días más...

—¿Por qué no? La culpa no es tuya, sino del llavín. Tú lo has hecho siempre... ¡equivocándote!...

—¡Oh! ¡Eso es lo juro!

—Pues entonces no tienes de qué reprimirte.

—¡Gracias, amigas mías! ¡No podéis imaginar cuánto me tranquilizan vuestras palabras! ¡Sería capaz de suicidarme si creyese que le había faltado al pobre Luis!

**Félix Recio**

**La última conquista de D. Félix** D. Félix Pérez, era el más terrible ídem, el más Tejada, el más Tenorio, el más Gazapo, el más Górritz y el más percibe de todos los pacíficos vecinos de Villapollas de Abajo.

¡Cuántas madres han llorado la hora del «ángel malo» de sus hijas por culpa de Pérez! ¡Cuántos maridos patearon los abdómenes de sus respectivas cónyuges, acharaos á causa de los celos de Pérez! Y ¡cuántos estacazos han ido á posesionarse en las reducidas narices de Pérez!...

Nadie como él para contar las sublimidades que encierra el dormir en un alero, bien en la carbonera, ora bajo un sofá, percibiendo á veces un tufillo gatuno *non sancto*. ¡Oh, lo *in fraganti*! ¡Qué lindo! ¡Cuánta poesía!...

Cuentan de D. Félix que un día hallábase leyendo en la prensa la derrota y cap-

DE CRISALIDA A MARIPOSA



—¡Qué susto me llevé ese día, creí que me habían herido!

tura del Roghi... ¿Qué dirán ustedes que se le ocurrió á nuestro hombre?

Pues muy sencillo: fuese en busca de unos amigachos de aventuras y entre todos formaron un empréstito para rescatar las mujeres del harén del vencido. Con tal objeto escribieron un memorial á Hafid, pidiendo una nota de precios del serrallo del Roghi, «siempre que las odaliscas fueran cariñosas y limpias y las dieran por un precio módico.»

También rogaban al mismo tiempo que «caso de que no quisieran deshacerse del saldo, observaron con él la galantería necesaria en tales casos»...

Y por doquier pregona D. Félix que detuvo una contestación concebida en estos términos: «Reales Harenes del Sultán. —Particular.— Sr. D. Félix Pérez.— Villapollas de Abajo. —Muy señor nuestro: Nuestro señor el Sultán (que Aláguarde) me

encarga le conteste en su nombre. No puede aceptar su oferta, porque aquí, siempre faltan mujeres. Tocante á lo de respetar al vencido, el señor, tiene buen corazón; no lo tiene siempre tan duro como los cristianos creen, Alá le proteja. El Eunuco mayor, Ben-Caponet-Corun.»



### EDUARDO ZAMACOIS

El gran escritor, autor de la novela *La opinión ajena*, el libro más hermoso que apareció este año.

Al llegar una mañana D. Félix á casa, su mujer le entregó un billetito perfumado.

—Toma chico—le dijo ella;—esto ha traído el cartero para ti. Estás hecho un tunante y me vas á matar.

—No hagas caso tonta. Me escribirá algún amigo.

—¡A mí no me la pasas, adúltero! Metióse D. Félix en su cuarto, rasgó el sobre con emoción y radiante de regocijo se desplomó sobre la cama.

—¡Qué suerte la mía!—se dijo para sus adentros.—¡Pues no me piden una cita! ¡Sí, sí, no deliro! «Querido chatito: Si eres

hombre formal, acude esta noche á las doce al monte de la Ermita, á la puerta de ésta. Perdona tal locura, pero el amor me mata. ¿Qué me has dado, asesino? J. L. S.»...

Aquella cita venía como pedrada en ojo de boticario; precisamente no pensaba salir por la noche. ¡Un maldito refriadillo! Pero á fuer de galante y osado, no perdería la ocasión. ¿Qué diría de su valor la bella é incógnita comunicante, J. L. S.?

∴

Cuando al llegar á su domicilio

muerto de frío y con un tos de perros, metió don Félix Pérez la llave en la cerradura oyó dentro corridas y rumores sospechosos; pero todavía pudo contemplar con horror al organista del lugar que seguramente salía de ensayar alguna sonata con su mujer.

¡Cielos! ¡Lo mató! ¡Infiel! ¡Canalla!

D. Félix no le mató. Al contrario; á fuerza de tanto esperar en vano á su presa J. L. S., hizo su última conquista: una neumonía que le llevó al sepulcro. La cita amorosa era obra de su propia mujer para quitárselo de encima aquella noche.

Lector: fíate de billetitos perfumados... y de las mujeres.

**Enrique Malboysson.**

**El sacrificio** Cuando Laura comprendió la razón de aquel lenguaje incorrecto, un poco brusco tal vez, negóse á pasear por aquellos parajes. Ella los conocía palpariamente. Muchas veces con Tonín, con su primer novio, con aquel joven literato de melenas y chalina negra, los había recorrido confiada, sin el temor de ceder á ninguna pretensión masculina, porque las de Tonín eran sumamente castas. Todas ellas se reducían á un par de besos y abrazos que ella, en el paroxismo del encanto, recíprocaba con deleite. Pero este otro novio, ¡quién sabe bajo qué puntos de vista la adoraba!



—Yo no sé por qué será, pero en cuanto me entra esta laxitud me pongo más cariñosa...

La culpa, ella, solamente ella, la tenía. ¿A quién se le ocurre ir, á los dos días de conocer á un hombre, por aquellos caminos apartados de las miradas de la gente? ¿Y qué horas de retirarse eran aquellas?

Recuerdo que un día, con objeto de darle un reloj que de ella tenía, hice uso de la amistad de un compañero, quien tras esperar hasta las diez en el portal de su casa, no consiguió verla. Si todos los caminos de la vida nos conducen al mal, con más facilidad lo harán los que de por sí son malos.

Laura, comprendiéndolo todo, repitió:

—Que no quiero, Luis.

—Pero ¿por qué no mujer? ¿Qué temes?

—¡Ah! Temo muchas cosas. Que algún conocido, mi madre tal vez, escuche tus palabras. ¿Qué juicio formarían de mí si eso sucediese?

—Pero si tú me quieres ¿por qué te niegas? Vamos, Laura, dame un beso.

—No puedo, Luis, no puedo.

Laura quería fingir. Tan acostumbrada como estaba ¿cómo podía negar ahora no solamente? Pero por cordura, era necesario demostrar un sentimiento opuesto.

Luis, sin embargo, se empeñaba. Era cínico, testarudo y tenía motivos donde fundamentar sus razones. Cuando la conoció la invitó á pasear por aquellos lugares apartados. Ella no se opuso. Si al principio alimentaba delicadas inclinaciones amorosas, fueron cambiando lentamente ante la indiferencia de Laura.

La noche era acariciadora. El firmamento estaba iluminado. Las llamas de los Altos Hornos fingían á lo lejos un incendio sublime. La luna desfilaba entre las nubes, y estos momentos los aprovechaba Luis para acariciarla á la fuerza.

—Quita, quita. Te he dicho que no quiero.

## II

Desde La plaza Elíptica hasta la Casilla es el camino una senda encantadora

acariciada por las sombras que la exigüidad de alumbrado facilitan por la noche. Por eso acuden allí los amantes, donde sin ser vistos, practican las sensaciones que la se dante voluptuosidad les origina. Son todos aquellos parajes de amor gratos como el primer beso de una novia, que con cautela, lo cobijan todo.

Luis esperaba que Laura saldría de la costura, y después, juntos, muy juntos, tomaban el camino que desde la mencionada plaza conduce á la Casa de Tablas, delicioso *chacolí* de popular renombre, oculto como un nido en medio de unos árboles frondosos. Continuaban calle arriba hasta a ¡Misericordia, y después,



—¡Ya está atisbando detrás de los cristales. El caso es que es tan niño... por más que á su edad yol...

por Basurto, tornaban hacia la casa de Laura.

Esta, más confiada ya, perdida toda su sencillez habitual, dejabase con placer arrullar en los brazos de Luis que, sin esfuerzo, colmábala de caricias.

Una noche se detuvieron frente á La Industrial. Luis discurrió con sigilo algunas frases en el oído de Laura. Ella bajó la cabeza y calló.

—Di, ¿quieres?—repitió Luis.

Laura no contestó. Era testaruda y tan fácil no sería hacerla responder.

—Mira ven—decía Luis, atenazándola nervioso entre sus brazos y besándola—. Así es el amor: sacrificio. De lo contrario no me quieres.

—Sí, te quiero—respondió Laura quedamente—. Te quiero mucho... Pero no... no.

—Y rompió á llorar copiosamente.

—Calla Laura, calla. Que no te oigan, que no nos vean. Podemos marchar de aquí. Aún tenemos tiempo.

Laura pensó en Tonín. Tonín era más bueno.

Pero ella, un poco desvergonzada en el tráfico de bailes nocturnos, accedía fácilmente á los caprichos de su novio. Dejóse

caer en los brazos de Luis, que la acariciaba diciéndola:

—Sí, Laura, eso es amor. Nos queremos mucho. Viviremos juntos. ¡Verás, verás qué felices vamos á ser!

Después...

¶

Cuando esto leas, Laura, no te estremezcas. Estas palabras las recita un corazón que supo amar, que ama, que amará eternamente mientras la sangre le haga latir. Soy yo quien te lo digo y quisiera que me escuchases donde quiera que estés: en París, en Roma, tal vez en el punto donde te conocí; en aquella plaza adoquinada que lleva el título de unos opulentos marqueses, muy cerca de una iglesia, muy cerca de un convento.

Así es la vida; una caricia, un dolor. Todo depende del giro que el corazón la dé. Aún soy joven y tengo opción á deter-

## EN LA CONSULTA



Ella.—Es el caso que mi marido me quiere con delirio y ayer jugando me mordió en la espalda ¿cómo me he de curar?

El médico.—Para diagnosticar necesito saber si la mordió antes en alguna otra parte.

minar el camino. Pero si romántico fui en un principio, tú me obligas á ser escéptico. Ya no creo en el amor. Lo considero como el mejor medio de conseguir la mujer. Y si alguna vez en mi bohemia, en esa loca y fantástica bohemia que es orgullo de poetas jóvenes nos encontramos, no bajas la cabeza. Sólo quiero que tus labios de sangre forjen un signo que signifique un beso.

Eusebio Lábarri



*El marido.*—¡Acaba pronto con la liga, mujer, que vienen unos muchachos!

*Ella (mirando de reojo).*—¡Sí, sí muchachos, esos ya pueden ver estas cosas!

Lea usted el martes  
EN EL LIBRO POPULAR

El robo en la joyería de la calle Real

Novela de  
EDUARDO BARRIOBERO

**Alborada** La escena en un vagón de primera clase de un tren expreso que se dirige á la capital malagueña.

Personajes: Matilde y Manolo. Ella va sentada junto á la ventanilla de la derecha; él junto á la de la izquierda del diván opuesto.

Nuestros protagonistas admiran emocionantes lo hermoso del paisaje que, semejante á inmensa película de cinematógrafo, se extiende ante su vista poetizado á la maravilla por la lenta alborada.

*MATILDE (soñando).*—¡Qué ajenos estarán mis pobres viejecitos de que me hallo tan cerca de ellos!... Me supondrán muy feliz en el primer sueño; descansando de alguna espléndida fiesta... ¡Pobrecillos!... ¡Qué disgusto les voy á dar!... Pero ¿cómo ocultarles?... A los padres no se les engaña fácilmente... Adivinarán mi desgracia en mi rostro, en mi manera de hablar, en todo mi ser... (Pausa). ¿Será posible, Virgen mía, qué por la horrible escena provocada por mis torpes celos nos separemos para siempre?... ¿Qué va á ser de mi pobre Manolo?... ¡Tanto como me quiere!... Y á mí ¿qué porvenir me espera?... ¡Tanto como le amo!... ¡Y ahora que vamos á ver realizado nuestro deseo más constante!... ¡Ser padres! (Llora en silencio y con los ojos velados por las lágrimas mira á hurtadillas á su esposo).

*MANOLO (soñando).*—¿Qué voy á decir á sus padres?... ¡Que no nos amamos! ¡Que no nos comprendemos!... ¡Valiente situación la mía!... ¡Qué martirio más atroz!... (Pausa). Y todo ¿por qué?... ¡Por negarme rotundamente á ceder!... ¡Por querer sostenirme implacable en mi papel de marido!... Y al fin y al cabo ¿en qué me ha ofendido?... ¡Por quererme demasiado!... ¡Por tener celos de todo!... Cuando tantas veces la dije en la feliz época en que eramos novios que no concebía el amor sin celos, que cuanto más se quiere es más intenso su fuego, son más avasalladores, más inaguantables!... (Pausa). ¡Soy un infame!... ¡Un desalmado! ¡Abandonarla para siempre! ¡Hacerla sufrir! ¡Dejar que sus mejillas palidezcan y que sus cabellos de oro se blanqueen por la pena! Y precisamente ¡ahora que va á bendecir nuestra unión! ¡A satisfacer nuestros anhelos! ¡A darnos un hijo!...

Pasa una hora; es de día completamente. El sol está en todo su esplendor.

*MATILDE (mirando á Manolo de soslayo)*

—¡Qué abatido está! (Pausa). ¡Si me atreviera á pedirle perdón! (Pausa).

MANOLO (abriendo los ojos y fijándolos en Matilde).—¡Qué cara tan triste tienel... ¡Si tuviera valor para proponerla que olvidara lo pasado! (Pausa).

Los dos, como acometidos de repentina resolución, se levantan de los divanes.

MANOLO (sorprendido).—¿Me llamas?

MATILDE (disimulando).—¿Querías algo?

MANOLO (reponiéndose).—Sí. Mira qué precioso panorama.

Sin darse cuenta se cogen de las manos y juntan sus rostros para mirar al campo.

MATILDE (con emoción; señalando á los alambres del telégrafo).—¡Mara que pareja de palomas tan monas! ¡Qué juntitas están!

MANOLO (con decisión).—Sí, muy juntas. (Pausa) ¡Como nosotros! ¿Verdad?... ¡Siempre unidos!

MATILDE (desfalleciente).—¡Sí! ¡Siempre! Y se oyó el chasquido de un doble beso



Ella.—¡Por Dios suélteme usted que puede despertar mi marido!

El.—Pero si parece que lo está soñando y le gusta, mir<sup>te</sup> cómo se le cae la baba.



El empresario.—No puedo ocuparme en este momento de su contrata, porque tengo la cabeza llena de asuntos.

La artista (despechada).—¿De asuntos nada más?

furioso, frenético apasionado, que fué algo así como la sanción de pacto y el complemento de aquel hermoso amanecer.

Manuel Martín Carrascal

## Pepinillos en vinagre

El cura de la Vega del Tajuña se rasca las narices con la uña, pero en cambio el de Arlanda se pisa las narices cuando anda. ¡Rediez y qué locuras hacen con las narices esos curas!

❖

—Hombre, dicen por ahí que Gaona y la Lulú...

—¡Si el indio ya no se arrimal

—¡Guanajo! ¡qué sabes tú!

## La ingenuidad de Paquita

Lo que le pierde á Paquita es la falta de carácter. Todas las que son como ella, tienen una política especial que les sirve para salir adelante en la vida, sabiendo siempre nadar y guardar la ropa.

Pero Paquita ni sabe nadar ni ha aprendido todavía á guardar la ropa; sino todo lo contrario.

Sin embargo, tiene una suerte loca.

Porque puede llamarse suerte al hecho

móse con sonreír, al propio tiempo que le decía á Paquita:

—Vas á escribir una carta á ese señor de caballería que ya me he encontrado tres veces en la escalera. Yo te dictaré.

Y Paquita no tuvo más remedio que mostrarse obediente á aquel mandato.

Sentóse al velador del gabinetito, teniendo delante papel y pluma, y escribió lo que tranquilamente fué dictándole el acaudalado accionista que dedicaba una parte de sus dividendos á aquella amistad íntima.

La carta fué tan lacónica como expresiva. En ella Paquita le decía muy secamente, el con-sabido capitán, que suspendiera todo género de visitas y que cambiase de táctica, porque era inútil toda su estrategia.

La carta la cerró el otro y después de puesto el sobre, se la guardó muy tranquilamente.

⦿

Pero he aquí que al día siguiente, como es natural, se presenta en casa de Paquita, echando venablos y haciendo sonar las espue-

las de un modo quemetía miedo.

Paquita no tuvo más remedio que confesarle la verdad. Y entonces, el otro, ni corto ni perezoso, tomó á su vez la misma determinación.

—Siéntate ahí. Ahora le vas á poner una carta que yo voy á dictarte.

Y fue va Paquita á servir de amanuense. No hay para qué decir que si la carta del uno iba seca, la del otro no era menos contundente y agria á la par.

Paquita temblaba á medida que iba escribiendo, porque veía el conflicto que se avecinaba, sin que se le ocurriese medio alguno para evitar sus consecuencias, que se traducirían en... el inevitable corte de cuentas.

Cuando concluyó la carta, el capitán le dijo:



—¿Se ríen ustedes porque me cubro con el mantón? ¿Se apuestan ustedes á que me destapo?

de que la favorezcan por igual un accionista del Banco, señor formal y adinerado, y un capitán de caballería, que es una bala perdida, dicho sea sin ofender en lo más mínimo al Arma.

Otra cualesquiera sabría atender debidamente á estas dos amistades, procurando, en fuerza de habilidad é ingenio, mantener el equilibrio de tal modo, que jamás se viese comprometida.

Pero á Paquita no la ha llamado Dios por ese camino.

Sus dos amigos han llegado á enterarse de la combinación y ella no ha sabido ni dar una disculpa siquiera.

Ha hecho á cada uno de ellos protestas fervientes de adhesión, pero nada más.

El accionista del Banco, como hombre más curtido en las lides de la vida, confor-

—Trae que se la llevará mi asistente; y si yo sé que vuelve ese tío á molestarte en lo más mínimo, le abro la cabeza de un sablazo.

*Tableau.*

∴

A las nueve de la noche estaba Paquita que podía ahogársela con un cabello. De pronto entró su doncella.

—Señorita, ahí está ese.

—Que pase.

Y pasó ese; el inevitable ese que tienen las que son como Paquita.

—¿Qué te ocurre?

Paquita le contó lo sucedido *ce por be*.

—Pues eso se arregia inmediatamente.

—¿Cómo?

—Así.

Y esta vez fué ese el que escribió en aquel mismo velador donde Paquita había escrito las anteriores cartas.

∴

En cuanto el capitán y el accionista leyeron aquella firma garrapateada que de-

cía *El Piripitipi chico...* no volvió á parecer ninguno por casa de Paquita.

**Fernando Amado.**



## LA MUJER GALANTE

Es donosa y gentil. En ocasiones atrae como la flor con su perfume, mas otras, como el tedio, nos consume venturas, esperanzas, ilusiones.

De su cuerpo sensual las perfecciones el tormento serán que más le abrume, pues á ellas debe el deshonor que sume en un mar infinito de aficciones.

Sólo á un hombre adoró con embeleso, y á este recuerdo halagador se aferra como á la idea del indulto el preso.

Siempre que piensa en él, sus labios cierra para evitar que se la escape un beso de los que, por salir, están en guerra.

**Agustín Pajarón.**

## *El sorteo del Concurso de San Isidro*

Como habíamos anunciado en nuestro número anterior, el jueves de esta semana se celebró en el Teatro Romea, á las once de la mañana, el sorteo de nuestro Concurso para las fiestas de San Isidro, que fué presidido por un inspector de Policía.

El número agraciado, sacado del bombo por la mencionada autoridad, es el **8.015.**

∴

En el próximo número expondremos las bases para el Concurso de

## *LAS PANTORRILLAS*

Si es usted español, lea

# Belmonte, el misterioso

EL TORERO DEL DÍA

(SU VIDA Y SU ARTE)

por GOMEZ HIDALGO

Prólogo de DON MODESTO

Con ilustraciones y portada à tres  
tintas de RICARDO MARIN

50 CÉNTIMOS

---

Lea usted todas las semanas

## *Crónica del Crimen*

PUBLICACION GRAFICA

La de mayor actualidad

La más económica

16 páginas

**5 céntimos**